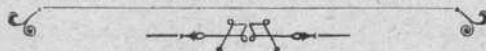


321

Fol. XI

Una reparación histórica.



Publicado en la Revista

•• Nuestro Tiempo ••

•• Año VI • Núm. 71 ••

••• Marzo de 1906 •••



MADRID. — IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

SP Ca17/18

SP. C 917/18

Una reparación histórica.



UNA REPARACIÓN HISTÓRICA ⁽¹⁾

Con el título *Il forte di Fuentes.—Episodi e documenti di una lotta secolare per il dominio de la Valtellina* acaba de publicarse en Italia un libro de sumo interés para nosotros. Nace este interés, en primer término, del sentido reivindicativo que encierra en lo que toca á un punto histórico, igualmente interesante para Italia que para España; pero da especial relieve á esta publicación la circunstancia de ver la luz en un momento en que, por el estado de reposición de fuerzas en que nos hallamos, nos importa grandemente disipar la leyenda que se ha creado en Europa alrededor de nuestro nombre y, lo que es peor, ha hecho presa en nosotros mismos.

Realizar esta labor es prepararnos para nuestra adaptación futura; labor que correspondería, en sitio preferente, á la crítica histórica, si tuviese entre nosotros la importancia que ha tenido una apologética puramente sentimental y de todo punto estéril. El fondo de documentos de nuestros archivos, apenas explorados en este aspecto, sería un manantial inagotable para el estudio de nuestra Historia, no en su aspecto externo y episódico, sino en lo que corresponde al fin verdadero del crítico que analiza la génesis y las consecuencias de los sucesos históricos. Hay que remitir esta empresa á tiempos quizá no lejanos; mas, entre tanto, justo es registrar la satisfacción con que deben mirarse las rectificacio-

(1) Publicado en la Revista *Nuestro Tiempo*, año VI, núm. 71, Marzo de 1906.



nes que investigadores extranjeros hacen, con trabajos como éste, de nuestra intervención en los asuntos de sus países durante el dominio de la Casa de Austria.

No parece extraño que pueda consagrarse un libro de 440 páginas, lujosísimo con abundancia de documentos, grabados y fototipias, para describir la erección de una fortaleza en los Alpes réticos en 1603; pero lo que sí resulta más que extraño, sorprendente, es que puedan hallarse ligados á un suceso de mera fortificación militar, llevado á cabo por un Gobernador español, los límites actuales de la nacionalidad italiana en su frontera septentrional, y, sin embargo, nada más cierto. El libro á que aludimos, quinto de los volúmenes publicados por la *Società Storica Comense*, modelo de trabajos de investigación y de crítica que honra ciertamente á su autor, el ingeniero Antonio Giussani, Inspector de monumentos de la provincia de Como, encierra esta enseñanza capital. Es un estudio magistral de la importancia, lo mismo la inicial que la sucesiva, de este fuerte, levantado en el confín del cantón de los Grisones, de la Confederación Helvética, por don Pedro Enriquez de Acevedo, Conde de Fuentes (de Valdepero, Palencia), capitán insigne y escasamente conocido entre nosotros, á pesar de los estudios y disertaciones de Gayangos, Cánovas del Castillo, Llorente y Fernández Duro, que, según Giussani, dudosamente cede en talento militar, en sagacidad política y en dotes de gobierno al propio Duque de Alba, su tío y cuñado, ni á Alejandro Farnesio.

Obtiénese de su lectura el convencimiento de que la erección del fuerte de Fuentes puso á cubierto la Valtelina de la codicia de los montañeses grisones, que en todos los tiempos tuvieron la tendencia, señalada por la Naturaleza, de descender el curso del Adda para gozar de valles más pródigos y de climas más dulces. Y este fué, sin duda, el pensamiento predominante en el viejo Gobernador español. Mas con ser la obra ideada por el Conde de Fuentes, de que daremos breve noticia, ocasión para que se incorporase definitivamente al ducado de Milán el curso superior del Adda, conocido por la Valtelina, sujeta de antiguo al gobierno feudal del

Obispo de Coira, no puede ocultarse que en sus planes militares entraba, principalmente, la idea de asegurar las comunicaciones de Lombardía con Alemania, amenazando de flanco las que sostenían Francia y la Serenísima República de Venecia, con daño de la dominación española. Lo que seguramente no pasó por la mente del Gobernador español, fué la idea de que su obra colosal y admirable había de ejercer una influencia visible, después de tres siglos, y á pesar de haber sido demolida por Bonaparte, al final del siglo XVIII, en la incorporación á la joven Italia de la provincia quizá más estimable, al decir de los geógrafos, por la intelectualidad de sus habitantes, siendo la que tiene el honor de contar menos hombres ignorantes: la provincia de Sondrio.

Los novísimos partidarios de la doctrina que concede un papel preponderante en la vida de los pueblos al poder militar, y culpa, por ejemplo, más al desastre de Aljubarrota que á la muerte del Príncipe D. Juan, de la escisión ibérica, doctrina que, por lo que afecta á un aspecto del poder militar, el más eficaz y visible, el marítimo, tiene un campeón ilustre en el americano Mahan, hallarán en la deducción verdaderamente póstuma que encierra este libro, un argumento poderoso y difícilmente recusable en apoyo de su tesis.

E noi non temiamo di affermare—dice Giussani—che sí la provincia di Sondrio fa oggi parte del regno d'Italia, non piccolo merito spetta al Conte di Fuentes, ed alla fortezza ch'egli arditamente ideò ed osò erigire é conservare su quei confini.

¿Puede pedirse un testimonio más elocuente? ¿Puede encontrarse un ejemplo más valioso de la intervención que la política sabia, firme y justa del Conde de Fuentes ha tenido en el nuevo orden de cosas creado en la península itálica?

A la muerte de Felipe II, la situación de los asuntos españoles en Italia empezó á presentar mal aspecto. Aunque nuestra influencia alcanzaba á casi toda la península, infundía graves preocupaciones la actitud amenazadora de Francia y su tradicional alianza con Venecia. Herido ya nuestro prestigio en Flandes con la independencia de muchas provincias, después de una guerra de treinta

años, había quedado muy de manifiesto el agotamiento de nuestros recursos con la paz de Vervins (1598).

Entraba en los planes del Rey de Francia aislar la Italia de Alemania y Flandes, mediante el dominio de los Alpes; de ello dependía su supremacía en Europa. Para realizar este plan era menester la conquista del Milanesado, que sobre reclamarlo el deseo de vengar el desastre de Pavia y el de recuperar territorios de los cuales habían sido expulsados los franceses en 1512, al grito de *fuori i barbari d'Italia*, heriría de muerte nuestro dominio.

El estado de Milán era, pues, el objetivo de la política francesa. Incorporado á los dominios de Carlos V en 1535, por el testamento de Francisco II Sforzia, habíase hasta entonces mantenido dulcemente sujeto á la influencia española, formando con Nápoles, Sicilia y Cerdeña el núcleo de los Estados italianos de la Casa de Austria. No eran los únicos en que se hiciera sentir su influencia, aunque sí los más importantes. El Piamonte, regido por el Duque de Saboya, deudo de Felipe II, había girado bajo nuestra esfera de acción; el Duque de Mantua; el de los Castellanos (Niza y Villafranca); el Conde de Corregio; el Duque de Parma, deudo también de Felipe II, y el de Urbino, recibían pensiones del erario español y sus Estados tenían guarniciones españolas. Las Repúblicas de Génova y de Lucca mantenían excelentes relaciones por hallarse protegidas, y los Duques de Módena y de Mirandola aspiraban á ser igualmente nuestros aliados y á percibir asimismo sueldo.

Mas con ser, como era, tan extensa y en apariencia tan segura nuestra situación en Italia, precisaba la dirección de los negocios un tacto y una firmeza singulares allí donde el peligro era más visible y cercano: en la Lombardia, por su posición geográfica. Confinaba por Oriente con Venecia, poderosa por sus riquezas mercantiles y por disponer de la más sagaz y menos escrupulosa diplomacia de entonces; por Occidente, con los Estados del Duque de Saboya, ingrato y ambicioso, cuyas diferencias con Francia por el marquesado de Saluzzo habían de desaparecer con la paz de Lyon en 1601; por el Norte, con el país de los Grisones,

en los Alpes réticos, de perfiles deslumbradores y cuyos nevados picos forman el fondo panorámico cuando se mira al Septentrión.

Quando el Conde de Fuentes; «el más grande hombre que había en España», en opinión de Contarini, Embajador de Venecia, se hizo cargo en 1600 del Gobierno de la Lombardia, sustituyendo al Condestable D. Juan Fernández de Velasco, no se le ocultaba que el problema de su política había de consistir en impedir que los grisones cayeran en manos de Francia y Venecia, ó adelantarse él de otro modo á hacer estéril tal maniobra.

Era el Conde de Fuentes hijo del de Alba de Liste y de su segunda mujer doña Catalina de Toledo, hermana del Duque de Alba D. Fernando. Educado en la escuela militar de su tío, habíase iniciado en el servicio de las armas, formando parte del tercio de Lombardia, compuesto de 3.000 infantes y destinado á guarnecer el ducado de Milán. Más tarde se le conoce de capitán de caballos ligeros en los Estados pontificios; luego, de Embajador en Turín; algún tiempo después en Lisboa, rechazando un desembarco de Norris, apoyado por Drake. De edad ya madura y en la plenitud de su vida militar, fué llamado á suceder en Flandes á Alejandro Farnesio, y si no á superar las glorias de este caudillo, á igualarlas, que no es poco, con el asalto de Chatelet, la batalla frente á Doullens, y, sobre todo, con la empresa, tenida por temeraria, de expugnar á Cambray, que cayó en sus manos el 8 de Octubre de 1595, después de dos meses de asedio.

Mas, á pesar de los merecimientos que concurrían en D. Pedro Enríquez, ofrecía el problema ante él planteado graves dificultades en su aspecto diplomático por dos razones: la una, por la antigua y tradicional alianza de los grisones con Francia, desde Carlos VII hasta Enrique III; la otra, por la constante y secular aspiración que tuvieron aquellos pueblos á incorporar á su Gobierno, formado por tres ligas (*la Caddeia, la Grisa y de las X Dritture*), todo el territorio conocido con el nombre de la Valtelina, con los condados de Chiavenna y Bormio, lindantes con ella por el N. y E., territorio que pertenecía entonces al ducado y hoy constituye la provincia de Sondrio y parte de la de Como.



No una, sino varias veces, desde Caracalla hasta la época de que nos ocupamos, había sido la Valtelina dominada alternativamente por grisonos y lombardos. La raza, las costumbres, la religión de los valtelineses los hizo en todos tiempos tan propicios al dominio de los lombardos como hostiles á que los montañeses grisonos, menos cultos y tolerantes, descendieran de sus sierras para dominarlos.

Entre tanto, su posición ventajosa, por ocupar todos los pasos de los Alpes réticos, les facilitó el logro de ventajas económicas tanto más necesarias para ellos, cuanto que su suelo estéril los obligaba á buscar todo abastecimiento en las llanuras ó en los valles lombardos. Francia y España, Venecia y Saboya satisfacíanles tributos muy crecidos por el paso libre de sus tropas.

Los recursos á que apeló el Conde de Fuentes para estorbar que los grisonos atendieran los requerimientos de Enrique IV el Bearnés é impedir un Tratado secreto de alianza que permitiera el paso de las tropas francesas por los Alpes, tienen capítulo y lugar preferente en el libro de Giussani y allí los encontrará quien le interese conocer y estudiar al Conde de Fuentes en su aspecto de hombre de Estado. Allí numerosos documentos de los archivos de Milán y de Venecia son elocuente testimonio de la capacidad diplomática de aquel Gobernador español.

Estériles resultaron, es verdad, sus tareas para estorbar la liga; mas no se encontró falta de recursos para hacer sentir á los grisonos el peso de las consecuencias. Cuando en Febrero de 1602 pactaron con los franceses un Tratado en Coira, jurado poco después en París, y al año siguiente, en Agosto de 1603, suscribieron otro Tratado en Davos con los venecianos, luego sancionado por el Senado de Venecia previos muy solemnes requisitos y muy espléndidos regalos á los embajadores, el Conde de Fuentes vió clara, en toda su magnitud, la gravedad de tales sucesos, y fueran cuales fueren los términos y fines de los Tratados suscritos, los consideró incompatibles con la seguridad del Estado que él gobernaba.

Era llegado el momento de abandonar todo camino de concordia y de ponerse á cubierto de toda asechanza. En concisa comunica-

ción de términos correctos, pero de intención fiera, que sonaría de un modo siniestro en los oídos de los grisones, rompió la negociación, y sin pérdida de momento ordenó la construcción de un fuerte que había de dejar protegida la Lombardía de toda agresión francesa, y de quitar para siempre á los grisones toda esperanza de dominio sobre la Valtelina, interviniendo, además, las relaciones mercantiles de grisones con lombardos y venecianos.

Descienden de los Alpes réticos, hacia Lombardía, el Adda y el Mera, en valles cerrados por montañas inaccesibles de 3.000 metros de altura. Ambos valles confluyen en el lago de Como (Lario), cuyas aguas tienen un nivel de 200 metros sobre el mar. En el punto de la desembocadura de estos ríos en el lago existe una vasta llanura llamada *piano d'Spagna*, formada en el curso de los siglos por arrastres de la cordillera Orobbia y primer avance de la Naturaleza para hacer desaparecer el lago, convirtiéndolo en un río hasta su confluencia con el Po. Fértil, pero insana, todos los encantos de la Naturaleza y todos los adelantos de la agronomía se hallan allí acumulados, convirtiendo esta llanura no lejana del paso de San Gothardo, en un país de poéticas impresiones y de perspectivas incomparables.

Álzase en el centro de esta hermosa campiña, y en un punto equidistante de la orilla del lago y de la entrada de los valles del Adda y del Mera, que llevan respectivamente á la Valtelina y á Chiavenna, un promontorio, de un desarrollo lineal de 800 metros, que lleva el nombre de Montecchio. Agreste y rocoso, de acceso vertical, yérguese en medio del *piano d'Spagna* con una elevación de 100 metros. Un observador, colocado en su cima, tiende la vista alternativamente sobre las aguas del Lario y sobre los dos valles que allí confluyen, separados por el monte Spluga, que, con sus 3.000 metros de altura, más parece que le sirve de protección que de amenaza.

En sitio de tanto valor estratégico, si se le considera en su importancia militar, y de tanto valor político, si se atiende á que deja en las manos de su guarnición toda relación mercantil entre los Alpes y la Lombardía, ordenó el Conde de Fuentes que se erigiese la fortaleza.

Certero era el golpe del sagaz Gobernador de Milán. Solamente la noticia de su propósito llevó á la Grisia la alarma y el desconcierto. Aquellos obstinados montañeses, arrogantes por su organización federativa y autónoma y por su posición geográfica, tan despectivos para con España como complacientes para con sus adversarios, vieron cerrarse á su comercio los países del Sur y temieron hasta por su independencia, si la guerra general estallara.

Una embajada suya acudió con premura á Milán, no vacilando en suscribir una capitulación que colmó las aspiraciones del Conde, sin condición alguna, aunque fuera seguida de la suspensión de los trabajos del fuerte. Mas los Tratados con Francia y Venecia y la presión de sus Embajadores impidieron que las tres Ligas ratificaran el trato. Una dieta convocada en Badén, con asistencia de los aliados, examinó la cuestión, sin acertar á resolverla. Nuevos Embajadores, uno luterano y otro católico, fueron nombrados para restablecer el comercio y las buenas relaciones de vecindad. Fuentes les escuchó, sin atenderles. El Conde aspiraba á que el paso de los Alpes para las tropas francesas encontrase como obstáculo, ó la acción de los grisonos, ó la del fuerte; y tras una serie de medidas que honrarian á la administración más perfecta, el primer arquitecto militar de aquel tiempo, Busca, y el artillero Cristóbal Lechuga, se aprestaron á ejecutar la obra, cuyos planos habia llevado á Valladolid para su aprobación un sobrino del Conde, llamado don Diego de Pimentel.

El 24 de Octubre de 1603, 500 hombres salieron de Como provistos de todo lo necesario para los primeros trabajos; el 25 se tala toda la vegetación, y el 27 se empieza la trinchera con 40.000 faginas y 1.200 operarios. El 28 se coloca la primera piedra, y el 31 la trinchera provisional se hallaba terminada. De día y de noche 2.000 gastadores trabajaron arduosamente bajo la protección de ocho compañías con 20 piezas de artillería, al mando del Marqués de Pallavicino, Gobernador de Como. El 24 de Noviembre supo el Conde que los trabajos tocaban á su término. Poco después recibió el fuerte, protegido por cinco baluartes y provisto de la artillería necesaria, el conveniente repuesto y municiones.

De larga y enojosa referencia sería la serie de protestas y re-

clamaciones de los cantones suizos contra esta obra; los apoyos que solicitaron de sus aliados para provocar la guerra, las desilusiones que sufrieron, las habilidades con que el Conde los entretuvo, ya activando, ya suspendiendo la ejecución de las obras que mejoraban el atrincheramiento; la negociación de nuevos Tratados, fracasados siempre por la tenacidad de los grisones en pedir que se demoliera el fuerte, y la no menor del Conde en conservarle. En Mayo del año siguiente, el Gobernador escribe á Felipe III, y le dice que 200 hombres y algunos cañones en ese fuerte detendrán á todo el Ejército de Francia.

No sabemos si esta apreciación de Fuentes sería exacta; el puñal de Ravaiillac impidió, con la muerte de Enrique IV, conocer la certeza del pronóstico. Lo que sí es cierto es que, cuando algunos años después, en 1620, estalló aquella terrible lucha religiosa que se conoce con el nombre de *Sacro macello de Valtellina*, cuyos episodios, por lo dramáticos, corren parejas con los del hambre y de la peste de Milán, que la pluma de Alejandro Manzoni ha fijado para siempre en los anales de la humanidad, para gloria de las letras, en su novela *Los novios*, las tropas españolas y su jefe Pimentel encontraron en el fuerte de Fuentes una base firme para disputar á los grisones su presa, como más tarde la disputaron también á los franceses, al mando del Marqués de Coeuvres, y más tarde al del Duque de Rohan.

Tiene razón Giussani al afirmar que en gran parte, por existir ese fuerte, perdió la Valtelina la Confederación Helvética y la conservó Italia; y conforme en esto la política del Conde de Fuentes, como las de sus sucesores, con las aspiraciones de aquel país, ansioso de sacudir el yugo grison como preludeo de una libertad definitiva que únicamente debía de ser posible en la vida de comunidad que señalaban la raza y la lengua.

Con la guerra de sucesión se sustituyó en 1707 el dominio español sobre la Valtelina por el dominio austriaco, que á su vez cedió á la conquista napoleónica en 1796. Reincorporada después al Austria, la batalla de Magenta, en 1859, redime para siempre á la Valtelina de toda dominación extranjera, no sin que en el trans-

curso del siglo XIX dejaran de renacer en los grisonos las aspiraciones seculares y de afirmarse en los valtelineses las tradicionales repugnancias.

Por coincidencia singular, un Visconti, á principios del siglo XV, entregó la Valtelina en manos del belicoso Obispo grisón de Coira; otro Visconti, su descendiente, el anciano diplomático que hoy es nuestro huésped en Algeciras, aparece como el último campeón de la libertad de su Patria. Su palabra se levantó en 1859 para alentar á Cavour y á Garibaldi en la empresa de redimir un pueblo que luchó tres siglos por su independendencia. Entre uno y otro Visconti conmemora la Historia al Gobernador español que, rectificando al primero, facilitó la empresa del segundo.

Esta es, en breve compendio, la substancia del libro de Giussani desde el punto de vista general en que nos interesa examinarle, por corresponder el proceso de sus enseñanzas á nuestra historia y á nuestra política en Italia. Grata, dulcísima impresión reporta una crítica severa, llevada por caminos de penosa investigación y de prolija labor, cuando logra, como en este caso sucede, arribar á conclusiones que tienden á disipar dejos de descrédito fundados en apreciaciones injustas y en interpretaciones torpes ó erróneas.

Si ahora intentáramos considerar este libro con relación á puntos de vista singulares no extraños tampoco á nuestro interés, pero que más corresponden á estudios biográficos que genuinamente históricos, sería fácil señalar cómo la figura noble, digna, llena de alto sentido político de D. Pedro Enriquez de Acevedo sale engrandecida de la pluma del moderno escritor italiano. Aunque severo en sus juicios cuando examina de un modo general la dominación española en Lombardia, reflejando opiniones y juicios de historiadores que, aunque coetáneos de los sucesos, no podían por su condición de adversarios ser imparciales, tiene la necesaria independencia de juicio para atribuir á aquellos tiempos y costumbres, á la perversa inclinación de *i banditi é bravi*, lo que la pasión cargaba á nuestra política en aquellos hermosos países. Adoptando puntos de vista propios, hace pausadamente la cuenta de las ventajas que reportó á Milán el gobierno del Conde de Fuentes y échase de ver

que las medidas dictadas por su iniciativa exceden en mucho á lo que corresponde de ordinario á la acción modificadora de los elementos de gobierno.

Suyas son, en el orden urbano, la construcción del Palacio de Justicia, la apertura de una calle frente á este palacio, y la reforma de la plaza de su Catedral famosa; en el orden administrativo, la ordenanza sobre pesas y medidas, y en el orden político, la relativa á la publicación de libros, no prohibiendo su impresión, sino sujetándola á una censura saludable. Legisló sobre el comercio y fabricación de armas, atendiendo ciertamente más á la conveniencia política y militar, *suprema lex* de un gobernante, que al fomento de intereses artísticos que hoy consideramos con mayor respeto; reguló el alojamiento de los soldados para remediar abusos; cedió para granero público el palacio de Broletto, edificado por un Visconti; y obscureciendo todas sus reformas de utilidad pública, aparece su empresa de convertir en navegable un canal irrigatorio para que Milán y Pavía quedaran unidos con el Po; obra digna de su fama, mas por desgracia superior á sus recursos y al estado de agitación en que desarrolló su gobierno. Se hallaba reservado para Bonaparte el terminarlo.

Pero lo que más puede decirse en honra de D. Pedro Enríquez; al juzgarle como Gobernador del Estado de Milán, es que en todo su carácter se descubre un fundamento ideal: el del amor á la Patria, que Giussani percibe como orientación sistemática de su conducta. No debiera ser éste un sentimiento que llamara la atención para enaltecer á nadie, y menos á un gobernante; pero cuando se mantiene vigoroso en edad provecta, á los ochenta años hay que suponerle alimentado por un espíritu de gran abnegación y sacrificio. Si además se consideran las circunstancias verdaderamente graves que creó en torno suyo la perseverante y sagaz política francesa, que le preparaba una guerra, probablemente adversa, cuando en tales circunstancias el ideal de la Patria pudo mantenerle sin desfallecimiento, hay que reconocer que tenía el ánimo templado para grandes empresas, y que considerar en él este sentimiento como la expresión más acabada de las facultades que han de distinguir á un verdadero hombre de Estado.

Su frase «el Rey gobierna en Madrid y yo en Milán», da la medida del concepto que tenía de sus deberes cuando ponía su pensamiento en servir á la Patria; y es concepto que requiere además una gran elevación moral, un ejemplo invariable de justicia. En este sentido, el libro de Giussani es rico en testimonios elocuentes. Lo persecución que emprendió contra los malhechores fué tenaz é incesante, enviando 1.400 á servir en galeras. Los *banditi é bravi*, á quienes la pluma incomparable de Manzoni ha descrito como una calamidad, no menos temible que la peste misma, que infestaban la Lombardía con atroces é increíbles atropellos, inmunes por la grandeza de sus familias ó por la situación de sus castillos, destacándose entre ellos *V'Innominato* (con realidad histórica según Cantú), D. Rodrigo y el Canoso, encontraron en el Conde de Fuentes una mano dura é inflexible; y la columna infamante llamada *colonna della quiustizia* que hizo levantar en Monza, en el solar de la casa de Osio, para execrar su pérfida conducta en la trágica historia de que fué protagonista, es monumento de supolítica, que trasciende á perpetuo elogio de su conducta. Cerca de sí tenía entonces una de las mayores autoridades en estas materias, el Cardenal Federico Borromeo, arquetipo de todo sacrificio y de toda grandeza. Su amistad con el Conde es para Giussani, y será para quien haya leído el retrato de este Cardenal hecho por Manzoni, un argumento concluyente para juzgar las obras del Gobernador español; que no era el Arzobispo de Milán capaz de sostener relaciones de amistad con hombre injusto, cruel ó disoluto.

Tocante á sus cualidades genuinamente políticas, á la destreza con que manejó sus recursos, á la sagacidad de sus dotes, á la preferencia que daba á los resortes de una hábil diplomacia, ora procediendo con energía, ora con astucia, ó esgrimiendo la amenaza, á todos puso á prueba la peligrosa situación que le crearon Francia y Saboya, Venecia y Suiza aliadas; situación que pareció desesperada y que logró dominar manteniendo «el arma siempre afilada sin desenvainarla». Había pasado el período glorioso de su vida militar, y colmado de experiencia, buscó los éxitos con su habilidad política, eludiendo los riesgos de una guerra de la cual podía temerse todo.

En conclusión: en el libro de Giussani resalta la figura del Conde de Fuentes como la de un hombre excepcional, en quien resplandecen cualidades políticas de primer orden asentadas sobre principios de severa justicia y de amor á la Patria; y como fruto de sus diez años de gobierno aparecen: el restablecimiento de la tranquilidad en el Estado de Milán, el fomento de las obras útiles y el rescate de la Valtelina. Si se añade que pudo realizar todo ello evitando una peligrosa guerra con Francia, que en apariencia no temió, no podrá desconocerse que figura con justo título ante la Historia entre los hombres que han forjado los destinos de Italia.

FRANCISCO SIMÓN Y NIETO.

Palencia, Febrero 1906.



